

La luz de la luna iluminaba tímidamente el césped, las pequeñas chispas que desprendían las antorchas se apagaban antes de tocar el suelo. En aquella fría noche había dos personas en medio de la nada, sumidas en un profundo silencio, ambas vestían unas preciosas armaduras plateadas decoradas por una pequeña cinta azul en la cadera.

Una de ellas, una pequeña niña con un cabello que parecía hecho de hilos dorados y unos preciosos ojos pardos, su rostro angelical estaba apagado.

Con su cuerpo acurrucado al lado de un pequeño tronco, la niñita no paraba de mirar al suelo con tristeza, a su lado, estaba una mujer con una pala, echando tierra a un agujero.

Incluso entre aquella penumbra, los ojos de la mujer resplandecían en un tono azul como el del mismo cielo, su cabello destacaba en un color negro azabache que brillaba con la luz perlada de la luna. Al contrario que la niña, en su rostro no se veía tristeza, pero tampoco alegría, aunque resulte algo extraño la mujer no mostraba emoción alguna, simplemente estaba allí, tapando aquel agujero que parecía no tener fondo.

Con la pala cogía un poco de tierra de un montón y lo echaba al agujero, cogía y echaba, cogía y echaba, cogía y echaba... Ese horrible sonido de la tierra chocando con el cadáver inerte de su antigua compañera aterraba a la niña, que no podía hacer otra cosa que taparse los oídos mientras temblaba, pero allí estaba, aunque no quisiera, junto a su hermana.

—¿Algún día terminará toda esta matanza, Julia? — la voz de la pequeña estaba rota, como si se encontrara a punto de sollozar.

Julia continuaba tapando el agujero, ignorando la pregunta de su hermanita, Lucía, pero las dudas y la culpa atormentaban a la pequeña.

—¿Por qué luchas? ¿En qué piensas para continuar?

La mujer seguía tapando el agujero, pero esta vez, sí respondió a la pregunta de Lucía.

—Hoy han asesinado a Olivia, y esos bastardos quemaron mi pueblo hasta reducirlo a cenizas— Julia apretaba con más fuerza la pala, mientras sus ojos estaban perdidos mirando a la oscuridad de la noche.

—Eso es lo que me da fuerzas para seguir... Mi venganza.

Al escuchar la respuesta de su hermana, Lucía se encogió mientras escondía la cabeza entre sus piernas, al parecer estaba llorando.

—Perdóname.

Julia dejó de tapar el agujero para mirar a su hermana, los sollozos de la pequeña se hacían más fuertes por momentos.

—¿Por qué pides perdón?

Por la mente de Lucía solo pasaban las imágenes de la lucha que tuvieron ayer contra el ejército enemigo. Ella portaba su enorme escudo dorado en el brazo derecho, con él protegía a sus compañeros siempre que le era posible, pero aquella batalla no salió como las anteriores... Lucía no tenía la capacidad de proteger a todo el mundo, y aquello la abrumaba, sus compañeros morían uno a uno sin ella poder hacer nada, tenía tanta gente que proteger... y no podía salvar a nadie.

–Julia, yo podría haber salvado a Olivia.

En la mente de Lucía pasaba ese recuerdo en bucle, una bola de fuego lanzada por un mago enemigo se dirigía hacia Olivia, y ella podría haberla interceptado, pudo haber salvado a Olivia, pero no bloqueando aquel proyectil, si no devolviéndolo a su creador, y si Lucía lo hubiera hecho habría matado al mago enemigo.

–No pude hacerlo, Julia, no quería matar a nadie– la horrible sensación de sus músculos agarrotados y de sus piernas clavadas al suelo volvían a la mente de Lucía, pero lo peor de todo era la imagen repetida una y otra vez de Olivia siendo calcinada por aquella bola de fuego, algo que ella podría haber evitado.

–Si tan solo hubiera sido un poco más valiente.

Los ojos azules de Julia estaban clavados en la pequeña Lucía, que aún estaba agazapada en el suelo. Pero en la mirada de la mujer había algo extraño, ni siquiera estaba parpadeando, más bien parecía que tras sus ojos había rabia y odio. La pala que estaba sujetando con su mano derecha se estaba resquebrajando, Julia estaba tan enfadada que estaba rompiendo la pala sin siquiera darse cuenta.

“Cobarde”.

“Cobarde”.

“Cobarde”.

Eran las palabras que repetía una y otra vez en su cabeza, entre tembleques y profundos suspiros de ira, Julia apoyó la cabeza en su mano derecha. Fue en ese momento que trató de controlar su respiración, poco a poco, la mujer tomaba mayor control sobre aquel sentimiento de ira que antes era irrefrenable.

–Lucía.

La niña levantó la cabeza al escuchar que Julia pronunciaba su nombre, fue entonces que vio aquella imagen y que escucharía las palabras que la marcarían para el resto de su vida...

–Nada tiene que ver la valentía a la hora de participar en un asesinato, tu eres una de las personas más valientes que conozco.

Aquellas palabras de Julia fueron acompañadas por una tierna y amorosa sonrisa hacia su hermana, esa simple mueca fue capaz de calmar por completo el corazón de Lucía y apartar de su cabeza aquellas horribles imágenes.

Aunque Julia no sabía si lo que acababa de decir era verdad o no, algo de lo que sí estaba segura, era de que estaba en lo correcto al decirlo.

Tras unos pocos minutos de reloj, Julia por fin terminó la tumba improvisada para Olivia y dejó la pala clavada a un lado, en el suelo.

De un pequeño bolsillo de debajo de su armadura, la mujer sacó un colgante con el abalorio de un halcón plateado. Este es el símbolo de la Santa Orden, la orden religiosa que impera en la gran mayoría del continente, excepto en el territorio en el que ahora se

encontraban, el imperio de Firia tenía unas ideas completamente opuestas a las de la Santa Orden, y aquello fue el motivo que inició la guerra en la que ahora se encuentran.

Con el colgante enroscado en su mano derecha, Julia inició una oración en voz baja frente a la tumba de su compañera. Lucía no tardó mucho tiempo en unirse a aquella oración, ella tenía tan solo el abalorio del halcón, pues el colgante lo perdió en una de las muchas batallas en las que había participado.

Al terminar la oración, Julia se levantó del suelo, no sin antes tirar el colgante encima de la tumba de Olivia.

—¿Por qué haces eso?

Julia sonrió tímidamente después de escuchar la pregunta de Lucía.

—Pequeña, yo no creo en la Santa Orden, y no quiero fingir más tiempo que lo hago— el rostro de Lucía se desencajó en un gesto de sorpresa al oír las palabras de su hermana, no se podía creer lo que estaba diciendo.

—¿Cómo es posible que no creas en la Diosa?

Julia apuntó con su dedo al cielo para justo después lanzar una mirada fulminante a Lucía

—¿De verdad crees en una Diosa benevolente que vela por nosotros?

Antes de que Lucía pudiese responder, Julia continuó con su discurso.

—Una Diosa que ha castigado a Zinerva a vivir con su enfermedad, que hizo que Gina nazca ciega, que dejó huérfanos a Ángela y Dante y que creó una religión que inició esta guerra que mató a mis padres.

Lucía estaba totalmente indignada con las palabras de Julia, e incluso la miraba con preocupación. Los nombres que ahora había dicho Julia eran los de sus hermanos, pero ¿qué tenía que ver la Diosa en los problemas de sus hermanos?

—¡Para ya de blasfemar, la Diosa te va a castigar!

Julia extendió los brazos mientras miraba al cielo con una enorme sonrisa entre sus labios.

—¡Pues que así sea y me parta un rayo!

Lucía se tapó la cabeza con los brazos totalmente abrumada por lo que pudiera pasar mientras tanto, Julia no paraba de reírse a carcajadas.

—Tan valiente y cobardica a la vez.

A Julia le llamó la atención una enorme nube de humo que salía directamente del campamento enemigo, ella sabía perfectamente lo que era, pero quizás era el momento de probar la mentalidad de Lucía, con el dedo índice apuntó a la nube de humo que ascendía hacia el cielo.

—¿Sabes qué es eso, Lucía?

La pequeña no sabía la respuesta a la pregunta, por lo que Julia continuó hablando.

—Están quemando los cuerpos de los fallecidos.

Los ojos de Lucía se abrieron de par en par al escuchar aquello, un brillo dorado cubrió su mano derecha y de esa luz apareció su escudo dorado.

—¡Hay que hacer algo, Julia!

Lucía estaba decidida a entrar en aquel campamento para evitar la incineración. Ella no tenía pensado matar a nadie, era incapaz de hacerlo, pero tenía que hacer algo para evitar aquel acto, aunque le costara la vida. Antes de que Lucía pudiera avanzar, Julia intervino musitando unas palabras.

—Quieta ahí.

La voz de la mujer había cambiado, ahora era más tenebrosa y decidida, pero no fue aquello lo que logró que Lucía se detuviera, ella lo hizo en contra de su voluntad. El muslo derecho de Julia estaba brillando en un tono morado, aquella era la magia que poseía la mujer, hacer que los demás obedezcan sus órdenes.

Cuando Julia daba una orden usando su magia era una sensación horrible, como si la voz de la mujer chocara una y otra vez de un lado a otro en tu cabeza hasta que le hicieras caso. Los músculos de Lucía se detuvieron al instante sin que ella lo ordenase.

—¿Te ibas a pelear con un ejército de firianos porque estaban quemando unos cuerpos sin vida? — Lucía aún no podía moverse, pero miraba de reojo a su hermana con un rostro de preocupación.

—Si dejamos que los quemen, ellos no podrán descansar en paz— Julia soltó un suspiro de resignación, justo en ese momento su muslo dejó de brillar y Lucía pudo volver a moverse. Julia se sentó en un pequeño tronco que estaba a unos metros de allí.

—¿Por qué no haces nada, no quieres salvarles?

De nuevo, Julia miró a Lucía con aquella mirada penetrante que tanto le intimidaba.

—Ibas a pelearte con los firianos simplemente porque tienen unas costumbres distintas a las tuyas.

Esta vez Lucía se armó del valor suficiente para encarar a Julia.

—No, es necesario enterrar un cuerpo para que así su energía vuelva a la tierra que la Diosa creó y que puedan descansar en paz.

Lucía apuntó con su dedo a la nube de humo del campamento firiano.

—Si queman los cuerpos ellos nunca podrán descansar, es el acto más rastrero que alguien puede hacer.

Julia también miró a la nube de humo, en sus ojos entrecerrados se podía ver la pena que sentía al escuchar las palabras de su hermana.

—Ellos queman los cuerpos porque creen que son una prisión para el alma, al incinerarlos, el alma escapa del cuerpo hacia el cielo, piensan que así ellos podrán descansar en paz.

Lucía abrió los ojos lentamente al escuchar el porque los firianos hacían aquello, ahora veía de otra manera aquel gesto, pero aún así no lo compartía, el que quemaran esos

cuerpos iba en contra de todo lo que a ella le habían enseñado, por eso no podía verlo con buenos ojos, aunque hubiera una buena intención detrás, los firianos tenían que estar equivocados...

—Ibas a pelearte con ellos tan solo porque no crees en lo que ellos creen, porque has antepuesto tus creencias a las suyas, y esa forma de pensar es la que nos ha llevado a esta guerra.

Tras aquellas últimas palabras de su hermana, Lucía entendió lo que ella estaba intentando hacer, de alguna manera la niña también era un engranaje más que había alimentado aquella guerra, sin siquiera darse cuenta había participado indirectamente en toda aquella matanza, y se dio cuenta gracias a Julia, pero aun así había algo que no entendía de la forma de actuar de su hermana.

—Y si no crees en la Santa Orden, ¿por qué has enterrado a Olivia?

Julia esbozó una pequeña sonrisa al escuchar la pregunta de su hermana.

—No creo que haya algún tipo de dignidad en la muerte, en el momento en el que todo te es arrebatado, pienso que lo único que queda es cumplir el deseo que tenías después de tu muerte— Lucía miraba con unos ojos brillantes a su hermana, todas aquellas lecciones que le había dado aquel día se quedarían con ella para el resto de su vida.

—Quizá sea una tontería querer cumplir el deseo de alguien que ya no siente nada, pero a mí me parece algo bonito.

Tras aquellas últimas palabras acompañadas de una tímida sonrisa, ambas hermanas se sentaron juntas. En ese momento Julia pensó en hacerle a Lucía la misma pregunta que ella le hizo al inicio de la noche.

—¿Y tú, Lucía, por qué luchas? ¿Qué te anima a seguir?

Lucía clavó sus ojos pardos al suelo, fue entonces que vinieron varios recuerdos a su cabeza, de cuando no era más que una niña pequeña. El momento en el que recibió su marca, el tatuaje que ahora tenía en su hombro derecho y que le daba la mayoría de sus poderes mágicos, ella y todos sus hermanos poseían una marca que, se dice, es una parte del poder de la Diosa, y cada una de estas marcas hace mucho pertenecieron a un rey de antaño, la marca de Lucía es la marca que perteneció a la reina amable.

*¿Te duele ver a los demás sufrir? ¿verdad?*

Quien le otorgó la marca de la amable a Lucía cuando era pequeña fue su madre, la reina, ella le acogió cuando no era más que un retoño al que sus padres abandonaron. Le enseñó todo lo que ahora sabe de magia, le dio todos sus conocimientos y de ella aprendió todo lo relacionado a la Santa Orden.

*Si aceptas esta marca podrás proteger a todos aquellos a los que quieres, podrás salvar a tus amigos y a tus hermanos.*

Lucía respondió a Julia con una tierna sonrisa mientras acariciaba su marca.

—Lucho por proteger a las personas que quiero, protegeros a ti y a los demás— Julia esbozó una sonrisa mientras miraba a la pequeña con sus preciosos ojos azules.

—Sabía que eras muy valiente, eres la única persona que conozco en este ejército que lucha por proteger a los demás.

Ya quedaba tan solo una hora hasta que llegara el amanecer y que la batalla comenzara de nuevo, en ese corto tiempo las dos hermanas pudieron hablar de innumerables temas y compartir algunas risas antes de que inicien de nuevo los momentos de tragedia.

Finalmente, la luz del alba comenzó a bañar el césped, el olor a rocío le encantaba a Lucía, era una de las pocas cosas que lograba calmarla antes de iniciar la batalla, antes de levantarse del tronco e ir a los cuarteles, Lucía le hizo una última pregunta a su hermana.

—Con todo lo que me has contado hoy, ¿por qué persigues la venganza? No le veo sentido alguno.

Julia se levantó lentamente del tronco, por la mirada que tenía, Lucía pudo saber que aquella pregunta le había incomodado, pero aun así la mujer respondió con una tierna sonrisa a la duda de su hermanita.

—Siempre me pregunto qué pensarían mis padres o Olivia si dejara de luchar, no sé si a ellos les guste mi forma de pensar.

Lucía agazapó la mirada para ocultar su tristeza, ella nunca hubiera podido imaginar que Julia tenía tanto peso sobre sus hombros, pero lo peor de toda aquella situación es que ella no sabía cómo ayudarla.

—No me gusta la guerra, ni me gusta matar gente inocente, por eso batallas como esta trato de terminirlas lo más rápido posible, cuando el enemigo se rinde no hay más muerte— al decir aquellas palabras la mujer parecía estar a punto de llorar, por mucha experiencia que tuviera en la guerra, a ella también le pesaba segar una vida inocente. —Cuando termine con mi venganza espero poder vivir en paz, sí, supongo que es el único deseo que tengo. Aunque es algo avaricioso teniendo en cuenta mis palabras, ¿no?

Aquella fue la primera vez que Lucía vio llorar a su hermana, y también la última. Ambas estuvieron sentadas en aquel tronco un rato más, en silencio, mirando aquél precioso amanecer juntas, aquella guerra se había llevado casi todo lo bueno, y aprovechar ese momento de paz era lo mejor que podían hacer.

*...Y Julia, esta guerra ha durado más de lo que esperaba, el fin de la batalla contra el imperio de Firia no fue sino el inicio de un conflicto más grande que ni siquiera yo esperaba, hace mucho que he dejado de ser esa buena persona que tanto veías en mí, y ahora te entiendo, sufriste demasiado en silencio fingiendo ser alguien que no eras, tuviste que convertirte en alguien que no querías ser por proteger el pequeño mundo que aún te quedaba.*

*Ignoraré el consejo de nuestros hermanos e iré a enfrentarme a ellos sola, sé que puedo hacerlo, pero lo más probable es que no regrese. Si logro terminar con esta lucha nuestros hermanos no tendrán que sufrir más, y al igual que tú, me toca cargar con este peso sola. Aquella charla contigo esa noche es lo que hoy me ha impulsado a tomar esta decisión, y por ello tengo que darte las gracias, aunque ya no estés, con mucho cariño.*

*Lucía Vestri, la Estrella que más brilla.*